



PATOLOGÍA NEUROLÓGICA

(vista por un paciente)

FERDINANDO FREGA

« Una clínica cura a los pacientes. Una comunidad de cuidado sostiene a las personas. »

I. Patología neurológica

Todos temían perder su corazón.

Durante siglos, el corazón fue considerado el centro de la vida, la sede de los sentimientos, la fuerza y el valor. Cuando el corazón se detenía, todo terminaba.

Luego la humanidad empezó lentamente a comprender que existía otro soberano. Silencioso. Invisible. Absoluto. El cerebro.

Bastaba observar a las familias, los amigos, los conocidos, el paso de las generaciones y la llegada de la enfermedad para comprender una verdad sencilla: el cerebro lo gobierna todo. Cada movimiento. Cada palabra. Cada recuerdo. Cada esperanza.

Cuando el cerebro se altera, no sufre solo una parte del cuerpo. Sufre todo el sistema humano.

Durante mucho tiempo, la respuesta fue el miedo. Las personas afectadas por trastornos neurológicos eran aisladas, escondidas, a menudo poco comprendidas y aún menos ayudadas. Las familias afrontaban solas una carga enorme. El conocimiento médico era limitado, y las estructuras dedicadas casi inexistentes.

Parecía una batalla destinada a perderse. Luego llegó el tiempo de la comprensión.

La humanidad comprendió que no se enfrentaba a casos aislados, sino a uno de los grandes desafíos de su propia existencia.

Parkinson. Alzheimer. Enfermedades degenerativas. Lesiones neurológicas. Traumatismos. Enfermedades raras. Afecciones congénitas.

Nombres distintos para una misma realidad: la fragilidad de ese órgano que gobierna cada función de nuestras vidas.

Desde ese momento, la neurología dejó de ser una mera disciplina médica. Se convirtió en una responsabilidad colectiva.

La patología neurológica no llama a la puerta. Entra en la vida de las personas y cambia las reglas del juego.

II. ¿Por qué?

Para explicar lo que significa vivir con una afección neurológica: el cuerpo que no responde; los límites; la dependencia; la pérdida de autonomía; la redefinición de la normalidad.

No la enfermedad. La vida en torno a la enfermedad. La vida en torno a los demás.

Quien lleva la carga casi nunca es el paciente. El paciente a menudo lucha sin comprender del todo el campo de batalla. Quien permanece cerca, en cambio, ve al tiempo cambiar de forma, aprendiendo que cada día ganado vale más que las grandes promesas.

La patología puede alterar el camino. No puede borrar el valor de la persona.

El amor es la parte esencial de ello, más allá de cualquier mera conquista — y nadie sabrá jamás qué será de él.

Yo he estado allí: un trastorno bipolar, de grado indefinido, que al final resultó no ser más que una hipervigilancia infantil causada por mi madre que, siguiendo el viejo dicho «palos y buñuelos hacen niños hermosos», me llenó de bofetadas y encendió el ecualizador en mi cerebro.

Comprender las cosas antes de que sucedan — pero no soy ni mago, ni hombre santo, ni obrador de milagros.

Y sin embargo cerca de quienes sufren — tras perder a mi madre y a mi padre por el Alzheimer, y preguntar: pero ¿quién es este? No lo conozco.

III. Epílogo

Una clínica es un edificio. Una comunidad de cuidado es algo más.

Es el encuentro diario entre personas que sufren, personas que acompañan, personas que cuidan, y personas que han elegido asumir la responsabilidad de construir un lugar donde la esperanza pueda transformarse en método, compromiso y posibilidad.

Estas páginas no hablan de un edificio. Hablan de las personas que pasan por él. Cada día.

IV. Página del autor

Esta obra no fue encargada. No fue vendida. No fue realizada con fines comerciales.

Fue escrita para dar testimonio del valor de la rehabilitación, de la dignidad humana y de la relación entre las personas.

El único precio solicitado es un dólar simbólico — no como pago de la obra, sino como testimonio de un compromiso compartido con una cultura del cuidado, la esperanza y la responsabilidad.